

DIAGNOSIS DEL HOMBRE ACTUAL

II

EFECTOS DE LA RACIONALIZACION

En mis "Notas de Filosofía" del núm. 67, páginas 30 y sgs., empecé a exponer una idea que juzgo de máxima importancia, es a saber: que la causa principal de la crisis que atraviesa la humanidad actual radica en su falta de atención a las realidades profundas, auténticamente valiosas. "Al instalarse el hombre metódicamente en las capas más superficiales del ser, los valores pierden densidad, y son desplazados, como algo *irreal*, del área de los principios impulsores de la conducta humana."

A fin de mostrar la veracidad de esta aserción—cuya gravedad a ningún lector se oculta—inicié el estudio pormenorizado de los efectos de la Racionalización, entre los cuales ocupa el primer lugar el "empobrecimiento del espíritu". Si la ley fundamental del espíritu viene dada por su necesidad de desplegarse al nivel de lo profundo, lo urgente será determinar si la Edad Moderna satisfizo este imperativo, o si prefirió más bien moverse espiritualmente en niveles superficiales."

En este número debemos proseguir el análisis de algunas de las más destacadas consecuencias del pensamiento racionalista.

2. MASIFICACION DEL HOMBRE

Al desatender lo profundo, íntimo e irreductible, el pensamiento racionalista ciega la fuente más pura de la *piedad*, con graves consecuencias para la vida comunitaria en respeto mutuo y amor. La ordenación racionalista de la vida, al basarse en el estudio de lo superficial, logra criterios *universales exactos*, pero deja inerte al *individuo* frente a los usufructuarios del poder. Aquí surge el *problema* de la masa, y digo problema porque no se trata de un fenómeno

natural, fruto del rápido crecimiento de la población, sino de un acto de violencia, pues la comunidad se convierte en masa a efectos de un *despojo*. Las últimas conmociones que ha sufrido Europa ilustran suficientemente esta afirmación, si no se olvida que el exterminio en masa fué el último acto de una serie de medidas coactivas que habían empezado exaltando las fuerzas vitales del individuo a expensas del espíritu.

Un análisis detenido de los diferentes estudios consagrados en los últimos lustros al tema de la masa nos confirma en la idea de que sólo a base de categorías estrictamente personales se puede enfocar recatamente esta delicada cuestión. Y todo nos hace sospechar que más de un ensayo sobre el proceso de masificación está escrito bajo la inmediata influencia del mismo, de modo análogo a como decía irónicamente Haecker que la mejor prueba de la decadencia de Occidente es la existencia de libros como *La decadencia de Occidente*. Pero este es un tema al que dedicaremos un capítulo aparte.

3. CUANTIFICACION DE LO CUALITATIVO

Cuando en la vida ordinaria se dice: "Esto es algo único, no se paga con *dinero*", se indica que el dinero sólo sirve para intercambiar lo canjeable, no lo irreductible. De hecho se valora, empero, las obras de arte y se convierte lo intrasferiblemente individual y único en objeto de canje. Pero ello es posible a merced tan sólo de la vertiente *objetiva* de las realidades expresivas, que están estructuradas, como es sabido, en dos niveles jerárquicamente distintos, pero dialécticamente vinculados.

Dar la primacía a este flanco vulnerable que ofrece toda realidad profunda *encarnada* es exaltar lo cuantitativo a expensas de lo cualitativo. Téngase en cuenta que sólo es verificable lo repetible, y por tanto, lo de algún modo cuantificable.

Nada extraño que se pueda erigir actualmente en

lema la frase de Cecil Rhodes: "la extensión lo es todo", pues el gran riesgo de las épocas vertidas a lo exterior en nivel superficial es el de *vivir en extensión*, sugestionadas por la *falsa infinitud* de lo superficial ilimitadamente extenso. De ahí su necesidad de adoptar un ritmo vital obsesionado e intenso, pues la falta de perspectivas en profundidad—que son las que desbordan los límites del espacio y del tiempo, y dan al espíritu verdadero poder de adivinación y reposo interno—debe ser cubierta con una sucesión ininterrumpida de imágenes sin relieve que produzcan una vaga impresión de plenitud. La vida interior exige ritmo lento que permita tensar el ánimo hacia las realidades profundas. La prisa excesiva fuerza al hombre a deslizarse errante por la superficie flácida de las cosas vacías de trascendencia.

Lo que aquí se intenta es coordinar la *intuición* y el *discurso* para dar profundidad a la percepción. No basta, por tanto, decir—como es frecuente—que la precipitación impide a las impresiones penetrar en la *interioridad* del sujeto cognoscente, pues, bien vistas las cosas, no hay nada exterior que deba interiorizarse, sino realidades profundas que se expresan a través de elementos *sensibles* expresivos y deben darse por vía de presencia a un sujeto comprometido por su *llamada*, lo cual exige un cierto tempo lento debido a la esencial dificultad de atender a lo complejo.

Esto es lo que nos insta a interpretar la "fuga" de Max Picard (1) como *huída de lo profundo hacia la vaciedad de lo superficial*. Por su exigencia de compromiso, lo profundo no permite que se convierta la existencia en *huída sustantivada*, sino que obliga a enraizarse, a comprometerse con el entorno y fundar un mundo propio. El que huye no tiene mundo, se evade por miedo a tener que crearlo, y hace del cambio su morada fluyente.

Pero he aquí que al fundar el mundo externo, surge el mundo de la propia *interioridad*, por razón de que ésta brota cuando el hombre se deja sobrecoger por algo profundo. Interioridad significa la fecunda correlación entre un sujeto capaz de sobrecogimiento y un objeto sobrecogedoramente valioso.

De ahí que la *interiorización* exija una actitud de piedad, de aceptación de la personalidad irreductible de los seres intransferiblemente únicos, y se oponga, por tanto, al *pathos dominador* del conocimiento analítico. Dejarse *sobre-coger* es lo contrario de *captar*, aunque no por ello signifique una renuncia al conocimiento; antes, al contrario, porque el sobrecogimiento se da en clima de *inmediatez eminente*, que funda un modo de saber más entrañable.

Por eso se dice que las imágenes y las ideas *sobrecogen* por ser algo innegablemente profundo, a

diferencia de los meros conceptos, atenedos a los perfiles espacio-temporales. Las imágenes constituyen algo *inmediato*, en el sentido más pregnante y denso, mientras los conceptos se mueven en clima de *lejanía*, porque no comprometen al sujeto ni forman con él ámbitos reales de diálogo.

Todas estas caracterizaciones sólo cobran verdadero sentido cuando responden a una visión rigurosamente ontológica de las categorías de "lejanía" e "inmediatez".

Esto permite afirmar que la *des-interiorización* se revela en la pérdida gradual del sentido de la *reverencia*, actitud que se traduce en apertura contemplativa y acogimiento. El hombre reverente acepta agradecido la existencia de todo ser superior que, lejos de reducirse a un mero *útil*, hace que el participar de él signifique un don supremo para la propia existencia. Se siente reverencia ante aquello que posee intimidad y nos *apela* desde lo hondo de su ser, aquello en que se cree, no lo que se posee y domina exhaustivamente por el saber. Se respeta lo *originario*, lo irreductible, lo que tiene en sí razón de *fin* y no sin violencia puede ser reducido a la condición de *medio*. Por eso puede decir Lersch que la interioridad desaparece cuando "se quebranta la fuerza metafísica de las ideas" (2), pues si la interioridad surge precisamente en dialéctica con lo profundo (mal llamado) "externo", el hombre debe necesariamente perder fuerza de interioridad a medida que el mundo se superficializa al quedar privado de su trasfondo metafísico. Nada ilógico que esta falta de reverencia se traduzca en un afán violento de diluir todo cuanto entraña un carácter originario e irreductible: la tradición, las relaciones jurídicas, las realidades sociales primarias—comunidad, familia, etc.—. Cuando el hombre, víctima de la pasión racionalista de saberes exactos, queda privado del sentido de lo profundo, las más altas y densas realidades comunitarias quedan reducidas a meras relaciones contractuales. Por eso tiende el hombre moderno a valorar los contenidos de su vida por cantidades expresables en números, no por su medida de profundidad, que es fuente de sobrecogimiento y se halla más allá de lo mensurable y verificable.

Si se nos preguntase por qué se "pierde" el hombre al distenderse en niveles meramente cuantitativos, la respuesta habría de apoyarse en la *superficialidad* de éstos, no en su "exterioridad", pues no se trata de *retrotraer* el mundo a la interioridad, sino de fundar ámbitos profundos en un nivel que supera la escisión *interior-exterior*.

4. ALEJAMIENTO DE LA VIDA

Con razón se reprocha al Racionalismo la falta de una verdadera inmediatez de contacto con la vida. Pero a menudo se utilizan ambos conceptos de *vida*

(1) Cf. *La huída de Dios*. Edic. Guadarrama. Madrid.

(2) *Ob. cit.*, pág. 51.

e *inmediatez* en un sentido excesivamente afín al consagrado por el Vitalismo neorromántico. *Inmediatez* indica aquí un *nivel ontológico* de inserción en la realidad, no una mera relación espacial. *Vida* suele oponerse a razón mecanicista como símbolo de *flexibilidad* y *plenitud*. En ambos casos el fin es subrayar un cierto nivel entitativo de *profundidad*, en oposición a la *superficialidad* del objeto de conocimiento racionalista, que no logra sino relaciones espectaculares en atmósfera de indiferencia y lejanía.

La *inmediatez* de la intuición indica que se está a la altura de lo que funda relaciones de presencia y diálogo. Y las *verdaderas formas de presencia* se dan a nivel de hondura. De ahí que si accedemos al mundo a través de estratos superficiales, y elaboramos de los mismos un entramado conceptual, éste se *interpondrá* entre nosotros y el mundo de lo profundo, distanciándonos con ello de lo verdaderamente real. Con ello deja la percepción de ser "ingenua", en el mejor y más positivo de los sentidos, por estar previamente dirigida a lo *superficial*, que es lo *útil*. En los últimos tiempos no es raro oír ante un bello paisaje esta expresión: "Es como de cine." La visión del celuloide, algo artificial y provocado, esencialmente unilateral, se interpone entre el espectador y la realidad. Los mentores del Movimiento Litúrgico y del Movimiento de Juventud hace años vienen haciendo notar que el hombre de la ciudad perdió el contacto con las realidades *originarias*, fuertemente *simbólicas* y *expresivas*, como es un río, una montaña, una fuente que mana, una planta que crece, el ritmo de la Naturaleza que alienta a través de las cuatro estaciones. El hombre moderno domeña los fenómenos naturales para ponerlos a su servicio. Y no sospecha que compra este poder al precio de lo profundo, del que se aísla por un acto dictatorial. Romano Guardini, Max Picard y Antoine de Saint Exupéry, entre otros, han consagrado sus mejores energías a la tarea de descubrir la vertiente profunda de realidades cotidianas aparentemente anodinas.

Esta radical desatención a lo simbólico trae consigo un anquilosamiento gradualmente creciente del *instinto* y de la *sensibilidad*. Grave laguna que ha de ser precariamente llenada con proyectos, conceptos y reglamentaciones. La "Regulation" se *interpone* entre los demás y el yo ocluído en la torre de marfil de su intelecto conceptualizante. Al faltar el vivo contacto del diálogo y el encuentro interpersonal, debe mediar una norma que *regule* coactivamente las relaciones humanas, que debieran ser algo espontáneo, auténticamente inmediato, es decir, regido por ese instinto eminente que es la sensibilidad para el amor. Cuando se lamentan, pues, los escritores actuales de que al vivir de modo "más consciente, reflexivo y científico" (3) se anula la *inmediatez de la vivencia*,

ha de entenderse esta expresión no en un sentido meramente vital, sino integralmente humano. Inmediata es la vida religiosa en toda su espléndida complejidad frente a la "mediatez" de las llamadas Ciencia y Psicología de la Religión. Inmediato es el encuentro interhumano en la vida cotidiana e incluso en la Historia y Psicología comprensivas, si se las compara al carácter reductor de muchas formas de Psicología profunda. Esto justifica los ataques de que son objeto actualmente estas disciplinas por parte de autores, como Urs von Balthasar por ejemplo, hondamente preocupados por el estudio de los fenómenos humanos irreductibles. Lo cual hace necesaria una extrema cautela al determinar la relación de la conciencia y la vida, para no dar la impresión de que se postula un irracionalismo de fusión amorfa con lo real. Puede, por tanto, decirse que "la conciencia perfecta perturba la inmediatez de la vida" (4), si por conciencia perfecta se entiende el *conocimiento racional exhaustivo* que marchita el misterio, por no respetar la unidad de lo irreductible a elementos amorfos. Si se trata, en cambio, de una forma de conciencia reverente con lo profundo, no hará sino incrementar dicha inmediatez.

5. LA DISPERSION PSIQUICA

Si al contacto vivo con lo profundo se moviliza todo el ser del hombre, y al abordar lo superficial entran solamente en juego algunas de sus potencias, se deduce que no es la *especialización* el síntoma más grave de la hora actual, como suele decirse, sino la *superficialidad*, que lleva la escisión a la vida psíquica. Son muchos los autores que subrayan actualmente la unidad funcional de sujeto y mundo, y la dialéctica que media entre la unidad de la imagen del mundo que tiene un hombre determinado y la unidad psíquica del mismo. Pero muy pocos se detienen a precisar que el mundo está estructurado en diversos niveles y que la unidad procede del nivel superior, de tal modo que la unidad de nuestra imagen del mundo se quiebra al no vivir espiritualmente a nivel de hondura. De ahí la necesidad de subrayar que la cultura, frente a la superficialidad de la mera civilización, es, a la vez, producto del hombre integral y fruto del arraigo de éste en las capas más hondas del ser. Profundidad e integralidad se exigen mutuamente. Se comprende que el hombre disperso de la sociedad racionalista carezca de la visión en profundidad del Cosmos, que recibe el nombre de *Weltanschauuns*.

La unilateralidad del Racionalismo interfiere de modo irreparable el desarrollo normal de la personalidad humana, que tiende originariamente a formas de unidad y plenitud arraigadas en lo profundo.

Al determinar la relación del hombre con el mundo tan sólo mediante la razón calculadora y reguladora, quedan fuera de juego dos facultades natas de lo

(3) Cf. Hammacher, E.: *Hauptfragen der modernen Kultur*, Tenfuer Verlag. Berlín, 1914, pág. 104.

(4) Lersch: O. cit., pág. 58.

profundo: la voluntad y el sentimiento, que serán desintegradas del conjunto para llevar una precaria vida propia. Análogamente al Modernismo, que proclamó en el campo teológico el primado del sentimiento, surgió en el mundo filosófico la corriente vitalista con el empeño de dar primacía a lo vital frente a lo meramente intelectual desarraigado y perseguir la unión amorfa e infraespiritual con la Naturaleza, en reacción a la *lejanía* provocada por la mediatización racionalista.

Desde esta perspectiva es fácil comprender el verdadero origen de ciertos *fenómenos compensatorios* característicos de la hora actual.

De la pérdida de la unidad provocada por la falta de contacto con lo profundo, se sigue la necesidad de acogerse a flujos de sensaciones, que a merced de su continuidad ofrezcan cierto carácter de infinitud y mantengan viva la atención.

Al quedar privado del horizonte de misterio, el hombre desamparado en la vaciedad de lo superficial disperso busca una forma grotesca de compensación en lo que suscita artificiosamente, a través de los sentimientos de horror, tensión, etc., una difusa impresión de trascendencia.

La ausencia de verdadero optimismo y alegría—estados de satisfacción que son fruto del dominio de la dispersión en lo superficial y la caducidad—provoca en el hombre actual una inquietud radical de consecuencias patológicas. La alegría surge tan sólo ante horizontes de libertad, y florece por consiguiente en niveles profundos. El tragicismo de la época contemporánea se arraiga en la paradójica tensión que media entre los modos actuales de diversión y las fuentes de auténtico gozo. La diversión actúa en extensión, distiende en nivel superficial y, por tanto, *dispersa*. Al oponerse al recogimiento, que no es retracción ante la vida real, sino propulsión hacia lo profundo, sitúa al hombre a un nivel en que sólo es posible la defección y la amargura. La tensión del recogimiento es *atención* a lo profundo, vida en *intensidad*. La entrega obsesiva a la diversión relaja el sentido de lo profundo, lo originariamente cualitativo, y deja al hombre, nacido para el valor, en situación de desamparo. *La dispersión impuesta por la búsqueda superficial de la plenitud no lleva sino al caos y al tragicismo*.

La nivelación del hombre despojado de su personalidad obliga a los desamparados a buscar apoyo en la agrupación amorfa. La fuerza de las grandes corporaciones sustituye desde fuera la flaqueza interior de las personas reducidas a números de una colectividad. La *masa* es una forma colectiva de alienación que, en vez de *actuar*, es *actuada* desde el *exterior* (5) por los profesionales de la violencia dema-

gógica. El hombre *perdido* en la masa es un menesteroso de autoridad y víctima nata, por consiguiente, de los regímenes totalitarios. Se comprende fácilmente que en esta situación de *expósito*, reducido a mera unidad de un conjunto, pierda el hombre toda conciencia de *responsabilidad*, se quebrante muy seriamente su capacidad de *iniciativa personal* y se agoste en él la fuente de verdaderos *sentimientos*. Incapaz de *sobrecogerse* ante la profundidad de auténticos *valores*, que vencen la veleidat de los sentires humanos, el hombre anegado en el anonimato no es sensible sino a la coacción de los *slogans* y al griterío de la propaganda, poderosos medios ambos no al servicio de la verdad inalienable, sino del interés de los más hábiles.

Todas estas consecuencias de la racionalización proceden de una sola fuente: *la pérdida de contacto personal con las realidades profundas*, pues el proceso de *desinteriorización*, sobre el que suele ponerse el acento, obedece a un descenso de nivel en las ocupaciones fundamentales de la vida. Se dice con razón que la interioridad tiene la dimensión de lo profundo. Pero no hay que dejarse seducir por la sugestión de las categorías espacio-temporales. La interioridad sólo es profunda, o, más exactamente, la interioridad sólo surge como tal al distenderse la subjetividad del hombre en un campo de seres con intimidad, con alta densidad ontológica. Pues una subjetividad es *interior* cuando gana un nivel de unidad que desborda todo compartimento estanco del propio psiquismo: sentimientos, representaciones, fines y actos. Esta actuación integral y conjunta de la vida humana es provocada por la presencia de una realidad con intimidad. No basta, por tanto, decir con Lersch que "solamente se halla el hombre en posesión de la totalidad de su ser cuando vive de la interioridad de *su propia* profundidad" (6). Un ser es profundo y reflexivo cuando está en relación personal con realidades de alta calidad entitativa, relación que sólo es posible a sujetos que gozan de la capacidad de distenderse en ámbitos profundos, es decir, que gozan de *libertad*. Esta teoría dialéctico-relacional no provoca el relativismo ni anula la sustancialidad y personalidad de los seres; antes las potencia, pues todo ser, en la medida de su perfección entitativa, vive en un grado de distensión y diálogo proporcionalmente superior.

La forma de lograrse el hombre de modo integral es atender con actitud de entrega a los valores, que orientan su impulso vital más allá de toda preocupación meramente material, y lo urgen a trascenderse hacia una unidad superior de integración. Pero este es tema de amplio aliento que ocupará más por extenso nuestra atención.

(5) En este nivel están en vigencia las categorías espacio-temporales.

(6) Cf. *Ob. cit.*, pág. 88. Los subrayados son míos.